

"TIERRA ADENTRO"

SIERRAS DE CORDOBA

En breve aparecerá un libro interesante y curioso, con el título y subtítulo de estas líneas, escrito por *Ashaverus*, algunos de cuyos capítulos en forma de correspondencias, han visto ya la luz en estas columnas.

El libro llevará al frente el siguiente prólogo de Rubén Darío.

PRÓLOGO

Tengo la pasión de los viajes: me encanta la contemplación de paisajes nuevos; en mi memoria pasan, como en un cinematógrafo, el bohío centroamericano, la casa monstruosa neoyorkina, la más grande de las cataratas, el parque inglés, el convento español, la isla africana, la gloria graciosa parisiense; y cien montes y cien lagos y cien ríos, pájaros de diversos colores y hombres de diversas lenguas; usos distintos, lo pintoresco distinto; y en cada lugar un nuevo manantial de sensaciones, un nuevo panorama para mis ojos y para mi alma. Y en cada país que en mis peregrinaciones he conocido, hame llamado siempre la campaña con su voz sana y fuerte, la naturaleza en su reino, los campos salvajes más que los cultivados y profanados por las chimeneas; la sierra, la vasta montaña, en donde se filtra y canta el arroyo, tal, según el verso de Hugo, la fresca poesía anacreóntica.

De la República Argentina hame atraído la Pampa y Córdoba con sus serranías.

Pampa verde y suave océano, lleno de profunda melancolía, en extraños y prodigiosos mirajes, ó en las horas crepusculares—baños de oro rojo, de oro pálido, nácar, violeta, y mil azules; y abajo los trebolares ondeantes, y si están en flor, una gran tela de raso que arruga el viento. A las sierras cordobesas fui, pasando por la ciudad; la ciudad buena y tranquila que politiqua y ora; de la cual quedan en mi recuerdo la santa Virgen milagrosa y las buenas mozas que van al corso de la calle General Paz; su hermosa juventud escolar y su sociedad amable; y el parque chico y florido, y fray Zenón en su convento, hospitalario y generoso, y en su fábrica mister Cunningham, rubio, chiquito y espumante como una botella de gingerale. Amable Córdoba, con sus sencillas casas viejas, con su fe, virtud que es ya también tenida en el mundo como una cosa vieja. Van los artistas allá y vuelven encantados. Una expedición de poetas y pintores ha ido allá recientemente, y ha vuelto encantada: es que se descansa con aquellas sensaciones, de los afanosos y mareantes progresos capitolinos, causa de las locuras, de los suicidios, de las tisis y de las clorosis. Se va uno de la Avenida de Mayo, bulevar verdadera é hirviente, al puente de la calle grande cordobesa, en donde, de noche, á la dulzura de la luna, sólo hace falta el ruseñor. ¿No es verdad, Schiaffino?

Después, si abandonáis la ciudad y os váis á las sierras, dejaos á vuestras propias impresiones, olvidad lo que hayáis leído. (Yo olvidé el libro de Roqué, las páginas de Estrada, la novelita de Márquez, etc.) y entregaos á la vida natural. Desde que váis en el ferrocarril os saludan los lindos paisajes. Habéis dejado la llanura serena y monótona; véis calcarse en un bello cielo la línea recortada de las alturas, picos mastoides, ondulaciones suaves ó bruscamente impedidas por un hachazo en el filo de la sierra. Cosquín, lugar donde se afianzan y renuevan los pulmones, queda á vuestra derecha; el tren os conduce hasta Capilla del Monte (al paso mirad entre otras cosas, la gruta de Bamba, el negro amoroso y legendario).

Capilla del Monte, villa chica, verde de palmas y fresca de aires puros;—la vieja capilla está en una altura, allí la hicieron los españoles—y yo vi el antiguo inventario de ella, en un libro del Dr. Doering, verdadero barón de Capilla del Monte, sabio y alemán y alemanísimo, con viñas y casas, y un Albert también alemán, de administrador, que hay que conocer y querer. ¡oh vosotros los que vayáis á veranear á aquel punto en donde la brisa es tan suave y el agua tan diamantina y buena, y no hay un sólo mosquito que ponga en la carne de flor de Florinda ó Lindamira ó Silvia, la más leve mancha rosada, así duerma ella bajo una palmera enana de las que acostumbra hacer grandes antorchas, á la orilla de un arroyo eclógico y cantante, que pide á sollozos un son de flauta. Pues es verdaderamente paradisíaco aquel pueblo nuevo, situado en tan deliciosas alturas. El paisaje es multiforme y caprichoso. Si váis á los lugares de los baños, encontraréis los extraños juegos de las rocas, los cristalinos y armoniosos remansos de las aguas, la vegetación intrincada y lujuriantes, los manojos verdes de las lianas variadas, los troncos ásperos como farrados con carapachos de tortugas ó cueros de caimanes.

Si hacéis la ascensión al Uritoreo á caballo—cuyo record es una de mis tartarinescas glorias, compartida con M. Albert,—gozaréis de la visión de magníficos panoramas. Se asciende entre rocas y arbustos, por caminos estrechos y empinados; una sinfonía de verdes os acaricia los ojos en las lomas, en los sembrados, en las arboledas; el aire fino y fresco os distrae, mientras el sol os pinta de rojo el rostro; de pronto, en las aglomeraciones de rocas, entre los pastos exiguos, os sorprende una manada de cabras ó un rebaño de ovejas; y cuando llegáis á lo más alto del monte todo es una delicia. Yo recuerdo que bajo la concha inmensa de un cielo purísimo, sobre la tierra verde y ondulada, mis ojos alcanzaban hasta cuatro provincias argentinas; no llegaba á la altura ningún ruido, el cuerpo se sentía satisfecho, estaban abiertas de par en par las puertas del apetito; humeaba simpáticamente el asado, que un viejo gaucho hábil, preparaba de manera magistral, y al olor sabroso que les llegara hasta las alturas de su azul, dos grandes y bellos cóndores, las alas bien abiertas é inmóviles como en la poesía de Leconte de Lisle, descendieron hasta rozar las rocas y asustar las desensilladas caballerías.

A la vuelta, cuando el sol se pone, entrar al tranquilo poblado, probar un cocktail, en casa del inglés D. Basilio, oír un poco de música «hecha» por manos blancas, comer con un diente pueril, luego ir á ver bailar un «gato» ó una zamacueca á la hija de Moyano, y entrada la noche, á dormir al hotel en santa paz, sin preocupaciones ni cuidados, con la pierna suelta de un buen monje que ha hecho sus oraciones... ¡Brava y famosa vida!

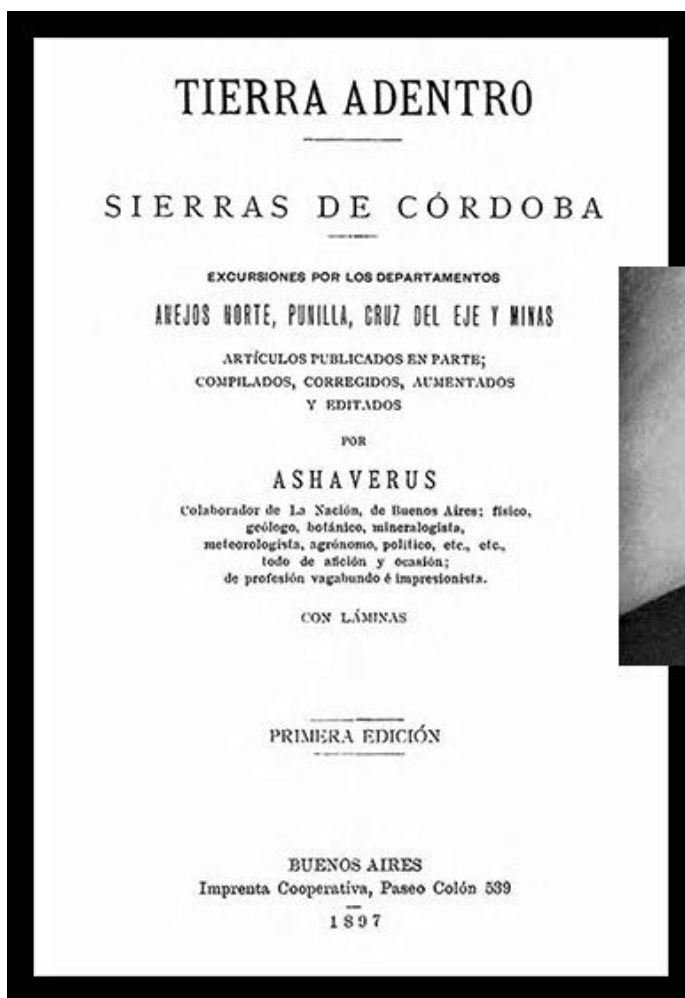
De Cosquín, de Capilla del Monte, de Cruz del Eje, de Mina Clavero, de todos esos pintorescos lugares de la sierra, cuyas excelencias la moda empieza á pregonar; con datos estadísticos, observaciones curiosas, alusiones políticas, rasgos líricos, apuntaciones de repórter, cálculos de agrónomo; vario, sutil, no sin amor al estilo, *Ashaverus*, cuyo nombre es bien conocido en las columnas de LA NACIÓN, trata en este libro ameno é interesante.

¿Quién es *Ashaverus*?

Es un judío errante cordobés, de aspecto socarrón, palabra amable y poca, juicio bastante, sencillez innata, experiencia de las cosas de la vida y una afección ó especie de poético amor por la vida de las cosas.

Su libro servirá á quien desee conocer esas hermosas regiones de tierra adentro, de guía pintoresca, útil y risueña.

RUBÉN DARÍO.



“TIERRA ADENTRO – SIERRAS DE CORDOBA”

Excursiones por los Departamentos Anejos Norte, Punilla, Cruz del Eje y Minas
Artículos publicados en partes, compilados, corregidos, aumentados y editados por ASHAVERUS
Colaborador de La Nación de Buenos Aires

Físico, geólogo, botánico, mineralogista, meteorologista, agrónomo, político, etc., etc.
Todo de afición y ocasión; de profesión vagabundo e impresionista.

CON LAMINAS - PRIMERA EDICION

Buenos Aires, Imprenta Cooperativa, Paseo Colón 539, 1897.

Notas aclaratorias:

El Prólogo del libro fue escrito por Rubén Darío (foto a la derecha de la tapa de la obra)
Ashaverus es el seudónimo utilizado por el escritor cordobés Amado J. Ceballos



Investigación:

www.capillasytemplos.com.ar

Fuente de consulta:

Diario La Nación - Buenos Aires, martes 23 de febrero de 1897, página 3

Colección Rubén Darío

Archivo del Instituto en Arte y Cultura “Dr. Norberto Griffa” - Universidad Nacional de Tres de Febrero